

TU QUIÉN CREES QUE FUE EL ASESINO

Seudónimo: LUNA

## TU QUIÉN CREES QUE FUE EL ASESINO

Seudónimo: LUNA

“Lo que son capaces de inventar algunos personajes – pensaba el Inspector de policía – para tener coartada. ¿Lo inventan? Es tan increíble lo que dicen que parece que viven en una realidad diferente a la del resto de los mortales”.

El detenido en el asiento trasero del coche, parecía un ser que no había matado a una mosca en su vida. Estaba aminorado con los dos policías, a sendos lados de sus brazos, que le vigilaban. Estaba acobardado con las esposas en las muñecas. Tenía cara de incomprendido con un mohín de resignación.

El Inspector recordó su primera conversación con el presunto.

“Hemos encontrado el cadáver de su mujer en la cocina de su casa”.

“Ya se que está muerta”.

“¿Confiesa ser el autor de su crimen?”.

“Yo no la maté”.

“¿Quién fue sino?. Tiene derecho a callar sin la presencia de un abogado”.

“Fue otra mujer”.

“¿Una vecina, una amiga, una antigua novia suya?”.

“Mi primera mujer. Era muy celosa”.

“¿Qué motivos tenía su primera mujer para matarla?.¿Cual es el nombre de su primera mujer?.¿Dónde vive su primera mujer? Usted nos lo cuenta y si su coartada es convincente le dejamos libre”.

“Ya lo he dicho, era muy celosa. Ella se llama Socorro. Habita en la calle del Amor, número 4, segundo piso, letra E. vive en la carretera del Cementerio Sur, en la calle del Olvido. Por la tarde frecuenta el Paseo de los Recuerdos. Por la noche, recorre la Avenida de las Locas Pasiones. Al amanecer se pierde buscando mis amores”.

“¡Me está usted tomando el pelo! ¡Me quedan cuatro y son los de listo! ¡Todos los pelos de tonto se me cayeron con conversaciones de este calibre!”.

En ese momento un policía le pasó al inspector una nota. La calle del Amor existía, una calleja llena de basura en cuyo nombre nadie se fijaba. La carretera del Cementerio Sur también, está la conocía, la calle del Olvido era un oscuro callejón sin salida que partía de ésta. Malas y raras zonas de la ciudad. El paseo de los Recuerdos y la Avenida de las Locas Pasiones se encontraban en el callejero.

“Por ahí encontraré a multitud de mendigas, prostitutas, psicópatas que estarán dispuestas a decir que se llaman Socorro con tal de tener un plato caliente y un techo dónde dormir, aunque sea en Comisaría. Su coartada no me vale. Piense con rapidez en otra”.

“Socorro no es una mendiga, ni una prostituta, ni una psicópata”.

“¿Enfermera?, ¿Asistente Social?, ¿Secretaria? ¿Empleada de hogar? . Ninguna de estas mujeres habitaría en ese suburbio”.

“¡No da ni una, Inspector. Socorro es un espectro”.

“¡Aaa.....cabáramos! El espectro de su primera mujer mató a su segunda esposa. ¡Y yo aquí haciendo tonterías cuando lo que tenía que hacer era darme una vueltita por el Infierno. ¿Los espectros malos estarán en el infierno? ¿No lo cree usted?”

“Yo no creo nada. Sólo se que Socorro es un espectro”.

El ayudante informó al Inspector que El paseo de los Recuerdos y la Avenida de las Locas Pasiones se encontraban en el callejero, dentro del Cementerio.

“¡También usted me viene con esas!”.

El hombre no tenía pinta de asesino, se repetía el Inspector. Ni estaba nervioso como los asesinos, ni estaba nervioso como los inocentes que son sorprendidos con una acusación. Tenía muy claro que el hombre sabía quién había matado a su mujer. A menos que fuera un esquizofrénico.

El Inspector prefirió pensar que era un esquizofrénico. A sus años lo de la “pinta” de los asesinos era un tema engañoso. Había visto asesinos con trajes de diseño y modales de marqueses. Había visto horteras y estafalarios incapaces de dar un manotazo a una mosca cojonera. Sin embargo aquel hombre parecía un niño inocente que no salía de su asombro.

¿Y la mujer?, recordó el Inspector. Tirada en la cocina de su casa con la cabeza ensangrentada. Debía de acabar de llegar a la casa, todavía tenía los zapatos puestos y en la suela había tierra de haber andado por una zona farragosa. “Tomen los zapatos para laboratorio. Haber si localizamos por dónde anduvo esta mujer” había dicho a sus colaboradores. Sólo tenía veinticuatro años. Rubia, ojos verdes, cuerpo perfecto. Había llegado de un país del Norte, lo más posible con muchas ganas de vivir. ¿La había matado un espectro? ¡No!. ¡Imposible! Sólo matan los vivos. Los espectros no matan.

Podía existir una Socorro de carne y hueso.

El Inspector fue a la calle del amor nº 4, segundo piso, letra E. Tras pulsar el timbre, esperó unos minutos hasta que apareció una anciana cuyos rasgos y pintura facial recordaban a una bella “madame”.

- Soy Inspector de Policía, enseñó su placa, Venía buscando a una mujer. Me han dicho que se llama Socorro, que habita aquí.
- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay, mi Socorro!. Se me fue. Era la chica que mejor mantenía mi negocio. Estaba casada y venía aquí las horas que trabajaba su marido. Un día llegó un hombre, parecía buena persona, vestía bien, sus modales eran exquisitos. Era él. Se la llevó. Tuve que cerrar mi negocio cuando ella se fue. Esta historia nunca se la he contado a nadie. Sólo usted la conoce.  
¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay, mi Socorro!. Algunas chicas que todavía hoy vienen a visitarme, dicen que vive por la Carretera del Cementerio Sur. Aunque sigue habitando aquí.
- Como me puede decir usted a mí, que Socorro vive por la Carretera del Cementerio Sur y habita esta casa.

El Inspector echó un somero vistazo por la casa. Daba la impresión de que en la casa no estaba sola la anciana.

- ¿Quién vive con usted?
- Nadie Inspector. Vivo sola aunque aquí habita Socorro. Socorro es un espectro.

El Inspector salió de la casa sin rechistar. “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay, mi Socorro!” oía gritar a la antigua meretriz mientras bajaba las escaleras.

En los alrededores de la Carretera Sur se levantaban chabolas apiñadas como setas. El inspector se adentró allí con su ayudante y otro policía más. Enseñó su placa al primer ciudadano que encontró a su paso.

- Aquí no tenemos droga, señor agente. Aquí sólo hacemos cosas buenas, llevamos los niños a la escuela, nos dedicamos, ya sabe “usté”, a la chatarra, a la venta ambulante, en el tiempo vacío jugamos a la rana, mire “usté”, en aquel campo de allá...
- Solo quiero saber si por aquí anda una mujer que se llama Socorro.
- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay, nuestra Socorro!. Estuvo por aquí, señor agente. La dejó “abandoná” un señorito bien “vestio”. ¡Qué guapa era la Socorro! Ella se puso a jugar con los niños. Nos dio penita en el “arma” y la dimos de comer. Durmió dos días en mi chabola, dos en la del otro y otros dos en la del otro. El Ángel que es uno de ahí, ya quería “de se” casar con ella. “Después” vino el señorito “bien vestio” y se la llevó.
- ¿No han vuelto a saber nada de la tal Socorro?
- Dicen que vive en la calle del “Olvio” número cinco, primero H, “unque” dicen que habita en la calle del Amor, número cuatro.

- ¿Qué me está diciendo usted? Quién haya extendido esta cantata lo que quería era volvernolocos a los policías.
- No, señor agente. Por nada del mundo quisiera yo volverle loco a usted. Es que Socorro no es una mujer. Es un espectro.

En la calle del Olvido, número 5, primero, letra H abrió la puerta una mujer joven, ajada, triste. El Inspector le enseñó su placa.

- Le ayudo en lo que pueda pero “po” favor, no me entretenga mucho, tengo que salir al trabajo. Paso el día fregando, intento a toda costa salir de este tugurio. Me ha “pillao” de casualidad, se me ha “olvidao” el bocadillo y he vuelto a casa por él. Vengo de clase en el Centro Cultural Santa Ana, a ver si de una vez consigo el “graduao” escolar. Aunque parece que mi cabeza no da “pa” tanto.
- Enseguida terminamos. Preguntaba por una mujer que se llama Socorro.
- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay, mi Socorro!. Mi mejor amiga.
- No tiene usted nada más que decir. La estoy buscando.
- No la encontrará. Ella habita aquí. Pase, mire su cuarto. ¿Ve su cómoda? Coleccionaba pastilleros. ¿Ve cuántas cajitas tiene? Sus pinturas, sus pulseras, sus anillos, no le gustaban los joyeros, decía que eran ¡el ataúd de las alhajas! Mire si quiere sus ropas, en el armario.
- ¿Aquella foto en la mesita de noche?
- Socorro y su “Mario”. No se porque tenía esa foto ahí. Socorro huía de él.

El Inspector se detuvo en el rostro de la mujer. Lo había visto en algún sitio y no recordaba dónde. El rastro del marido lo reconocía a la perfección. Era el presunto.

- Bien. ¿dónde se encuentra ahora Socorro?
- Aunque vive aquí, Socorro habita en la calle del Amor. Puede encontrarse allí, o estar caminando en el Paseo de los Recuerdos alrededor del número 120. Hasta por la noche, no recorre la Avenida de las Locas Pasiones.
- ¡Esto es un complot! ¡Les voy a detener a todos por obstrucción a la Ley!

“No señor, no vamos contra la Ley. Socorro no es una mujer. Es un espectro.” Oyó, el inspector, decir a la mujer mientras bajaba las escaleras.

El paseo de los Recuerdos comenzaba al cruzar la muralla del Cementerio Sur. Al comenzar el paseo, el inspector sintió algo que no le estaba permitido en su profesión, tristeza y melancolía. En el número 120 había una tumba como otras muchas. Una mujer enlutada de cabeza a pies limpiaba la losa de mármol.

- ¿Era su hija?

- No. -Respondió la mujer sin volverse a mirar quién le preguntaba-.
- ¿Frecuenta usted este lugar?.
- Si. – La mujer seguía fregando la lápida.
- Perdón que moleste. Vengo preguntando por una mujer que dicen pasea por aquí. Se llama Socorro.
- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mil rallos partan a Socorro!
- ¿Cómo dice usted? Por fin alguien dice algo coherente.
- Socorro era ligera de cascos. El marido la castigó haciéndola vivir en los peores arrabales. No por eso dejó de ser una casquivana. Al contrario, se encontraba en su salsa. Por los peores arrabales sigue.
- ¿Por dónde? –el inspector miró al cielo temiendo la tan sabida respuesta.
- Socorro habita en la calle del Amor. Reside en la calle del Olvido, número 5. viene todos los días aquí, al Paseo de los Recuerdos 120. – La mujer miró a los ojos del inspector- Por la noche recorre la Avenida de las Locas Pasiones.

El Inspector se dio la vuelta dispuesto a irse.

- ¡Escuche Inspector! ¡Socorro está purgando su culpa! ¡Su culpa no fue ser una pelandrusca!
- ¿Cuál fue su culpa?
- Su culpa fue no haber matado al marido.- dijo la mujer buscando los ojos del inspector.

El Inspector que se iba, se paró en seco y se volvió hacia aquellos ojos. Aquellos ojos los conocía. Aquellos ojos eran los del retrato que había en la habitación de Socorro, en la calle del Olvido. Aquel retrato, ahora lo recordaba, esta en la casa de la calle del Amor, rompía con la soledad de la vieja meretriz. Giró para retroceder sobre sus pasos. La mujer enlutada había desaparecido. Dio un puñetazo en el aire. Había estado frente a Socorro y no la había detenido. Era de carne y hueso, la había visto. ¿Ó no era de carne y hueso?. Había desaparecido como los fantasmas. Él no creía en fantasmas.

Echó un vistazo a la sepultura que Socorro limpiaba.

Isabel Dominguez de Lara

1969- 1993

Era la mujer del presunto asesino. Veinticuatro años. Rubia, ojos verdes, cuerpo perfecto. Bajo el luto, Socorro también tenía un buen cuerpo, rubia, ojos verdes. El inspector corrió a la Avenida de las Locas Pasiones.

La avenida estaba desierta. El inspector la fue paseando despacio mientras leía las inscripciones de las lápidas como quién se recrea en un libro de poemas. Hasta que llegó a aquella.

Socorro de Allue Pérez

1965-1989

También tenía veinticuatro años.

Se comprobó que Socorro llegó muy joven a España y fue atrapada en el mundo de la prostitución. La rescató el que fue su marido aunque siempre estuvo sometida a chantaje. Fue hallada muerta por un jardinero en la Avenida de las Locas Pasiones junto a la que era su tumba. Había muerto con un golpe en la cabeza. Se investigó algo sobre su desequilibrada vida. La autopsia no reveló nada sobre su asesino. El marido quedó libre. Se cerraron las investigaciones.

Isabel Dominguez de Lara había sido encontrada muerta en la cocina de su casa con un golpe en la cabeza. En sus zapatos se encontró tierra de la carretera del Cementerio Sur. Las dos venían del Norte. Las dos tenían veinticuatro años el día de su muerte. Las dos ojos verdes, pelo rubio. Eran bonitas.

- ¡Detengan al presunto! – Gritó a sus colegas el inspector- Aunque no sea el autor material de ningún crimen, creo que nos encontramos ante una red de prostitución.

El Inspector tenía claro que Socorro había sido asesinada por un matón pagado por su marido, el hombre que parecía que no había matado a una mosca en su vida, aminorado con los dos policías, a sendos lados de sus brazos, vigilándole, acobardado con las esposas en las muñecas, con cara de incomprendido, con un mohín de resignación en el coche de policía. Estaba seguro de los negocios a los que aquel gallina se dedicaba.

Sin embargo, a Isabel, ¿la había matado Socorro ?. ¿Por celos como dijo él? No, si fuese así sería para vengarse del marido que la llevó a la muerte. ¿Habría sido Socorro un alma en pena durante cuatro años?. ¿Sería éste el motivo por el que el gallina estaba tan resignado, tan acojonado?.

¿Quién era la mujer tan igual a Socorro que limpiaba la lápida de Isabel? Desapareció como los fantasmas.

A Isabel ¿La había matado un espectro? ¡No!. ¡Imposible! Sólo matan los vivos. Los espectros no matan, concluyó el Inspector.

¿TU QUIÉN CREES QUE FUE EL ASESINO?